

Capítulo VIII

Unión de Israel bajo David y Salomón

La edad de oro de David y Salomón, no tuvo repetición en los tiempos del Antiguo Testamento. La expansión territorial y los ideales religiosos, como fueron imaginados por Moisés, fueron realizados en un grado máximo que antes o después de la historia de Israel. En los siglos siguientes, las esperanzas proféticas para la restauración de la fortuna de Israel, repetidamente se refiere al reino de David, como ideal supremo.

La unión davídica y expansión

Los esfuerzos políticos de David fueron marcados con el sello del éxito. En menos de una década tras la muerte de Saúl, todo Israel acudía en apoyo de David, que había comenzado su reinado con sólo el pequeño reino de Judá. Mediante éxitos militares y amistosas alianzas, pronto controló el territorio existente entre el río de Egipto y el golfo de Acaba hasta la costa fenicia y la tierra de Hamat. El respecto internacional y el reconocimiento que David ganó para Israel no fue desafiado por poderes foráneos hasta el final de los últimos años de Salomón.

El nuevo rey también se distinguió como caudillo religioso. Aunque denegado el privilegio de construir el templo, él hizo las más elaboradas provisiones para su erección bajo su hijo Salomón. Con el caudillaje real de David, los sacerdotes y levitas fueron extensamente organizados para la efectiva participación en las actividades religiosas de la totalidad de la nación.

El segundo libro de Samuel detalla y explica el reino de David con gran minuciosidad. Una larga sección (11-20) suministra el relato exclusivo del pecado, el crimen y la rebelión en la familia real. La transferencia del reinado a Salomón y la muerte de David, están relatadas en los primeros capítulos del primer libro de Reyes. El primer libro de Crónicas también hace referencia al período davídico y representa una unidad independiente, enfocando la atención sobre David como el primer gobernante en una continuada dinastía. Por vía de introducción al establecimiento del trono de David, el cronista traza el fondo genealógico de las doce tribus sobre las cuales gobernaba David. Saúl no está sino muy brevemente mencionado, tras lo cual David se presentaba como rey de Israel. La organización de Israel políticamente lo mismo que en el aspecto religioso está más elaborada dada la supremacía de David sobre las naciones circundantes y recibe un mayor énfasis. Antes de concluir con la muerte de David, los últimos ocho capítulos en este libro dan una extensa descripción de su preparación para la construcción del templo. En consecuencia I Crónicas es un valioso complemento para lo registrado en II Samuel.

El bosquejo del reinado de David en este capítulo, representa un arreglo cronológico sugerido de los acontecimientos conforme están registrados en II Samuel y I Crónicas:

El rey de Judá

Nacido en tiempos turbulentos, David estuvo sujeto a un rudo período de entrenamiento para el reinado de Israel. Fue requerido por el rey para el servicio militar tras haber matado a Goliat y ganado una experiencia inapreciable en hazañas militares contra los filisteos. Tras que fue forzado a dejar la corte, condujo a un grupo fugitivo y se congració a sí mismo con los terratenientes y dueños de grandes rebaños en la parte meridional de Israel, proporcionándoles un efectivo servicio. Al propio tiempo, negoció con éxito diplomático las relaciones con los filisteos y moabitas, mientras que se hallaba considerado en Israel como un individuo al margen de la ley.

David estuvo en la tierra de los filisteos cuando el ejército de Saúl fue decisivamente derrotado en monte Gilboa. Muy poco después de que David rescatase a sus esposas y recobrase el botín que había sido tomado por los asaltantes amalecitas, un mensajero le informó de los desgraciados

acontecimientos que habían tenido lugar en Israel. Sobrecogido por el dolor, David dio un inmortal tributo a Saúl y a Jonatán en una de las más grandes elegías que existen en el Antiguo Testamento. No solo Israel había perdido a su rey sino que David había perdido a su más íntimo amigo de siempre, a Jonatán. Cuando el portador de las noticias, un amalecita, reclamó una recompensa por la muerte de Saúl, David ordenó su ejecución por haber tocado al ungido de Dios.

Tras de hallarse cierto de la aprobación de Dios, David volvió a la tierra de Israel. En Hebrón, los jefes de su propia tribu (Judá) le unieron y reconocieron como a su rey. David era bien conocido en todos los clanes de la zona, habiendo protegido los intereses de los propietarios de tierras y compartido con ellos el botín obtenido al atacar a sus enemigos (I Sam. 30:26-31). Como rey de Judá, David envió un mensaje de felicitación a los hombres de Jabes por dar al rey Saúl un respetable enterramiento. No hay duda de que este amistoso y gentil gesto tenía también implicaciones políticas, en lo que David se sentía necesitado para procurarse toda clase de apoyo.

Israel estuvo en muy serias dificultades cuando acabó el reinado de Saúl. La capital en Gabaa, o experimentó la destrucción o gradualmente fue cayendo hasta convertirse en ruinas. Eventualmente, Abner el jefe del ejército israelita estuvo en condiciones de restaurar lo bastante el orden para tener a Isboset (Isbaal) ungido como rey. La coronación tuvo lugar en Galaad, ya que los filisteos tenían el control sobre la tierra situada al oeste del Jordán. Puesto que el hijo de Saúl reinaba sobre las tribus del norte sólo por dos años (II Sam. 21) durante los siete años y medio que David reinó sobre Hebrón, aparece que el problema de los filisteos demoró el acceso del nuevo rey por aproximadamente cinco años.

Es así como el pueblo de Judá abogó por su alianza con David, mientras que el resto de los israelitas permanecía leal a la dinastía de Saúl, bajo el liderazgo de Abner e Isboset. El resultado fue que prevaleciese la Guerra civil. Tras ser severamente reprobado por Isboset, Abner apeló a David y le ofreció el apoyo de Israel, en su totalidad. De acuerdo con la petición de David, Mical, la hija de Saúl, le fue devuelta como esposa. Aquello tuvo lugar bajo la supervisión de Abner con el consentimiento de Isboset. De esto quedó patente públicamente que David no sostenía ninguna animosidad hacia la dinastía de Saúl. El propio Abner fue a Hebrón donde prometió a David la lealtad de su pueblo. Tras esta alianza y una vez completada, Abner fue muerto por Joab en lucha civil. La muerte de Abner dejó a Israel sin un fuerte y poderoso caudillo militar. Hacía tiempo ya que Isboset había sido asesinado por dos hombres procedentes de la tribu de Benjamín. Cuando los asesinos aparecieron ante David, fueron inmediatamente ejecutados. Desaprobaba así la muerte de una persona justa. Sin malicia ni venganza, David ganó el reconocimiento de todo Israel, mientras que la dinastía de Saúl fue eliminada del poder político.

Jerusalén—la capital nacional

No hay indicación de que los filisteos interfirieran con la ascendencia de David como rey en Hebrón. Es posible que ellos le considerasen como a un vasallo, en tanto que el resto de Israel, revuelto por la guerra civil, no ofrecía resistencia unificada.

Pero se alarmaron seriamente cuando David ganó la aceptación de la totalidad de la nación. Un ataque filisteo (II Sam. 5:17-25 I Crón. 14:8-17) tuvo lugar muy verosímilmente antes de la conquista y ocupación de Sión. David les derrotó por dos veces, previniendo así su interferencia en la unificación de Israel bajo el nuevo rey. Sin duda, la amenaza filistea en sí misma tuvo un efecto unificador sobre Israel.

Buscando un lugar central para la capital del reino unido de Israel, David se volvió hacia Jerusalén. Era un lugar estratégico y menos vulnerable para ser atacado. Como una fortaleza cananea ocupada por los jebuseos, había resistido con éxito la conquista y la ocupación por los israelitas.

En los registros egipcios ya por el 1900 a. C. esta ciudad ya se conocía como Jerusalén. Cuando David invitó a sus hombres a conquistar la ciudad y expulsar a los jebuseos, Joab aceptó y fue recompensado con el nombramiento de jefe de los ejércitos de Israel. Con la ocupación de la fortaleza por David, se hizo conocida como "la Ciudad de David" (I Crón. 11:7). En el período davídico, Jerusalén ocupaba la cima de una colina directamente al sur del área del templo a una elevación aproximada de 762 mts. sobre el nivel del mar. El lugar era conocido más particularmente como Ofel. A lo largo de la orilla oriental estaba el valle de Cedrón, reuniéndose hacia el sur con el valle de Hinom, que se extendía hacia el oeste. Separándolo de una elevación occidental, que en tiempos modernos es llamado monte Sión, estaba el valle Tiropoeon. De acuerdo con Josefo, existía un valle en la parte norte, separando Ofel del lugar ocupado por el templo. Aparentemente esta zona Ofel-Sión era de una elevación mayor que el lugar del templo en la época de la conquista de David. En el siglo II a. C. sin embargo, los macabeos allanaron la colina arrojando los escombros de la ciudad davídica en el valle existente debajo. Como resultado, los arqueólogos han sido incapaces de eslabonar debidamente cualquier objeto procedente del reinado de David.

Cuando David asumió el reinado sobre las doce tribus, eligió a Jerusalén como su capital política. Durante sus días como un fuera de la ley, había estado seguido por cientos de hombres. Tales hombres fueron bien organizados bajo su mando en Siclag y más tarde en Hebrón (I Crón. 11:10-12:22). Aquellos hombres se habían distinguido en hazañas militares de tal forma, que fueron nombrados príncipes y jefes. Cuando Israel apoyó a David, la organización fue agrandada para incluir a la totalidad de la nación, con Jerusalén como centro (I Crón. 12:23-40). Mediante contrato con los fenicios, fue construido un magnífico palacio para David como rey (II Sam. 5:11-22).

Al propio tiempo, Jerusalén se convirtió en el centro religioso de toda a nación (I Crón. 13:1-17:27 y II Sam. 6:1-7:29). Cuando David intentó llevar el arca de Dios desde el hogar de Abinadab en Quiriat-jearim por medio de un carro en lugar de ser llevada por los sacerdotes (Núm. 4), Uza fue muerto repentinamente. En lugar de llevar el arca a Jerusalén, David la dejó en el hogar de Obed-edom en Gabaa. Cuando sintió que el Señor estaba bendiciendo su casa, David transfirió inmediatamente el objeto sagrado a Jerusalén para ser alojada en una tienda o tabernáculo, y un culto apropiado se restauró entonces para Israel a escala nacional.

Con el renovado interés en la religión de Israel, David se volvió deseoso de construir un local permanente para el culto. Cuando compartió su plan con Natán, el profeta, encontró su inmediata aprobación. A la noche siguiente, sin embargo, Dios comisionó a Natán para informar al rey que la construcción del templo quedaría pospuesta hasta que el hijo de David fuese establecido en su trono. Aquello fue una seguridad divina para David, de que su hijo le sucedería y que él no estaría sujeto a un hado tan fatal como le había sucedido al rey Saúl. La magnitud de esta promesa para David, no obstante, se extiende mucho más allá del tiempo y del alcance del reinado de Salomón. La semilla de David incluía más que a Salomón, puesto que la orden divina claramente establecía que el trono de David quedaba establecido para siempre. Incluso si la iniquidad y el pecado prevaleciese en la posteridad de David, Dios temporalmente juzgaría y castigaría, pero no haría perder el derecho a la promesa ni retiraría su merced indefinidamente.

Ningún reinado terrestre o dinastía ha tenido jamás una duración eterna, tales como el cielo y la tierra. Tampoco la tuvo el reinado terrenal del trono de David, sin eslabonar su linaje con Jesús, quien específicamente está identificado en el Nuevo Testamento como el hijo de David. Esta seguridad, dada a David mediante el profeta Natán, constituye otro eslabón en la serie de promesas mesiánicas dadas en los tiempos del Antiguo Testamento. Dios iba desarrollando gradualmente el compromiso inicial de que la última victoria llegaría a través de la semilla de la mujer (Gen. 3:15). Una revelación completa del Mesías y su reinado eterno, se da por los profetas en siglos subsiguientes.

¿Por qué se le negó a David el privilegio de construir el templo? En los años de su reinado, él

llegó a la comprobación de que había sido comisionado como un hombre de estado y un caudillo militar para establecer el reino Israel (I Crón. 28:3; 22:8). Mientras que el reinado de David estuvo caracterizado por una situación de estado de guerra, Salomón gozó de un extenso período de paz. Tal vez la paz prevaleciese por el tiempo en que David expresó su intención de construir el templo, pero no hay forma de discernir con certeza en la Escritura cómo las guerras relatadas están relacionadas cronológicamente a este mensaje dado por Natán. Posiblemente, hasta que llegase el fin del reinado de David, se tuviera en cuenta que los días de Salomón eran una mejor oportunidad para la construcción del templo.

Prosperidad y supremacía

La expansión del gobierno de David desde la zona tribal de Judá a un vasto imperio, extendiendo sus dominios desde Egipto a las regiones del Eufrates, recibe escasa atención en la Biblia. Y con todo, este hecho registrado es de básica importancia históricamente, puesto que Israel era la nación de primera fila en Creciente Fértil a comienzos del siglo X a. C. Afortunadamente, las excavaciones arqueológicas han proporcionado informaciones complementarias.

David fue inmediatamente desafiado por los filisteos cuando fue reconocido como rey de todo Israel (II Sam. 5:17-25). Les derrotó dos veces, pero en un largo período de tiempo es completamente verosímil que hubiese frecuentes batallas antes de reducirlos a un estado tributario y sometido. La captura de un jefe de sus ciudades, Gat, y la muerte de los gigantes filisteos (II Sam. 8:1, y 21:15-22), no son más que ejemplos y muestras de encuentros en este período crucial en que Israel ganó su hegemonía.

Bet-sán fue conquistada durante este período. En Debir y Bet-emes, murallas con casamatas sugieren que David construyó una línea de defensa contra los filisteos. Las observaciones de que los filisteos tenían el monopolio del hierro en los días de Samuel (I Sam. 3:19-20) y de que David lo utilizaba libremente cerca del fin de su reinado (1 Crón. 22:3), sugieren que pudo haberse escrito un largo capítulo en la revolución económica de Israel. El período de proscripción y la residencia de los filisteos no solo proporcionaron a David la preparación para el caudillaje militar, sino que indudablemente le dieron un conocimiento de primera mano con la fórmula y los métodos utilizados por los filisteos en la producción de armamento. Tal vez muchos de los planes para la expansión económica y militar fueron hechos mientras David estaba en Hebrón pero realmente ejecutados después de que Jerusalén fue convertida en capital. Los filisteos tenían razón en estar alarmados cuando la desolada y derrotada. Israel fue unificada bajo la égida de David.

La conquista y la ocupación de Edom tuvo una gran importancia estratégica. Dio a David una valiosa fuente de recursos naturales. El desierto árabe, que se extiende hacia el sur del mar Muerto y hasta el golfo de Acaba, era rico en hierro y cobre necesitado para romper el monopolio filisteo. Para estar seguros de que estos suministros no sufrirían peligro, los israelitas establecieron guarniciones por todo Edom (II Sam. 8:14).

Aparentemente, Israel tuvo poca interferencia procedente de Moab y los amalecitas en aquella época. Estaban incluidos entre los estados tributarios que enviaban plata y oro a David.

Hacia el nordeste, el resurgir del poder de David, expandiendo el estado de Israel, fue desafiado por las tribus amonitas y arameas. Las primeras se habían establecido desde Carquemis sobre el Eufrates hasta los límites orientales de Palestina. Ya eran considerados como enemigos en los días de Saúl (I Sam. 14:47). Cuando David estuvo considerado como un hombre fuera de la ley, al menos uno de aquellos estados árameos tuvo que haber sido amigo de él, puesto que Talmai, el rey de Gesur, le había dado a su hija Maaca como esposa (II Sam. 3:3). Luego que David derrotase a los filisteos y concluido un tratado con los fenicios, los árameos temieron el resurgir del poder de Israel. La expansión de Israel puso en peligro sus riquezas y desafiaba su control de las fértiles llanuras y su gran

comercio. Tras la vergonzosa recepción y tratamiento de los mensajeros de buena voluntad enviados por David, los amonitas inmediatamente implicaron a los árameos en su oposición a Israel, pero sus fuerzas combinadas fueron esparcidas por las tropas de David.

Más tarde, la ciudad de Raba en Amón fue capturada por los israelitas (I Crón. 20:1). Las fuerzas arameas entonces se organizaron bajo Hadad-ezer que empleó y reunió fuerzas desde tan lejos como Aram-Naharaim o Mesopotamia (I Crón. 19:6). Esta vez las fuerzas israelitas avanzaron hacia Elam, derrotando su fuerte coalición. Aquello expandió la condenación para la alianza amonita.

Subsiguiente a esto, David atacó a Hadad-ezer una vez más cuando los sirios se hallaban al alcance del Eufrates para reclamar el territorio bajo control asirio (II Sam. 8:3). Damasco, que estaba tan íntimamente aliada con Haded-ezer (I Crón. 18:3-8), cayó bajo el control de David, añadiendo así otra victoria para los israelitas. Sus guarniciones ocuparon la ciudad, colocándola bajo un fuerte tributo, y Hadad-ezer concedió grandes cantidades de oro y bronce a David. La dominación de los estados árameos de Hamat, sobre el Orontes, añadió grandemente muchos más recursos que enriquecieron a Israel. La administración de Damasco por parte de los israelitas, no fue desafiada hasta los años próximos al reinado de David.

En los días de la expansión nacional, las provisiones hechas por Mefiboset ilustran la magnánima actitud de David hacia los descendientes de su predecesor (II Sam. 9:1-13). Cuando David supo la desgracia que se había abatido sobre el hijo de Jonatán, Mefiboset, le concedió una pensión procedente de su tesoro real. Al inválido le fue entregado un hogar en Jerusalén y colocado bajo el cuidado del sirviente Siba.

Mefiboset recibió especial consideración en una crisis subsiguiente (II Sam. 21:1-14), cuando el hambre se produjo en la tierra de Israel. Dios reveló a David que el hambre era un juicio por el terrible crimen de Saúl de atentar con el exterminio de los gabaonitas con quien Josué había hecho una alianza (Jos. 9:3 ss.). Dándose cuenta de que aquello sólo podía ser expiado (Núm. 35:31), David permitió que los gabaonitas ejecutaran a siete de los descendientes de Saúl. Mefiboset, sin embargo, fue excluido. Cuando David fue informado del luto de Rizpa, una concubina de Saúl tomó las medidas necesarias para el adecuado enterramiento de los restos de aquellas víctimas en el sepulcro familiar de Benjamín. Los restos de Saúl y Jonatán también fueron trasladados a dicho lugar. Con aquello, el hambre tocó a su fin.

Como rey del imperio israelita, David no falló en reconocer que Dios había sido el único que garantizó las victorias militares de Israel y el autor de su prosperidad material. En un salmo de acción de gracias (II Sam. 22:1-51), David expresa su alabanza al Dios Omnipotente por la liberación de los enemigos de Israel, al igual que para las naciones paganas. Este Salmo también se cita el capítulo 18 del libro de los Salmos. Ello representa un ejemplo de muchos de los que él compuso en varias ocasiones durante su azarosa carrera de muchacho pastor, sirviente de la corte real, proscrito de Israel, y finalmente como el arquitecto y constructor del gran imperio de Israel.

El pecado en la familia real

Las imperfecciones en el carácter de un miembro de la familia real, no están minimizadas en la Sagrada Escritura. Un rey de Israel que cayó en el pecado no podía escapar a los juicios de Dios. Al mismo tiempo, David, como pecador, arrepentido, reconoció su iniquidad y de esta forma se calificó como un hombre que agradaba a Dios (I Sam. 13:14).

David practicaba la poligamia (II Sam. 3:2-5; 11:27) y aunque esto está definitivamente prohibido en la más amplia revelación del Nuevo Testamento, era tolerado en el Antiguo y en su tiempo, a causa de la dureza de corazón de Israel. La poligamia estaba igualmente practicada por todas las naciones circundantes. Un harén en la corte era una cosa aceptada. Aunque advertido de la

multiplicidad de esposas en la ley de Moisés (Deut. 17:17), David se hizo con varias. Algunos de aquellos matrimonios tenían, indudablemente implicaciones de tipo político, tal como por ejemplo el casamiento con Mical, la hija de Saúl y con Maaca, la hija de Talmai, rey de Gesur. Como otros, David tuvo que sufrir las consecuencias de los crímenes de incesto, asesinato y rebelión llevados a cabo en la vida de su familia.

El pecado de asesinato y adulterio de David constituía un crimen perfecto desde el punto de vista humano. Se produjeron en los días de los éxitos militares y la expansión del imperio. Los filisteos ya habían sido derrotados y la coalición aramea-amonita había sido rota el año anterior. Mientras David permaneció en Jerusalén, los ejércitos israelitas, bajo el mando de Joab, fueron enviados a conquistar la ciudad amonita de Raba. Siendo seducido por Betsabé, David cometió adulterio. El sabía que ella era la esposa de Urías, el heteo; un mercenario leal del ejército de Israel. El rey envió a Unas al frente de batalla y después mandó llamarlo ordenando a Joab su vuelta mediante una carta arreglando las cosas para que fuese muerto por el enemigo. Cuando llegaron a Jerusalén los informes de que Urías había muerto en la batalla contra los amonitas, David se casó con Betsabé. Tal vez los hechos que dieron lugar al repugnante crimen de David quedaran en el secreto, ya que una baja en la línea del frente de batalla, era algo común, y corriente. Incluso si ello fue conocido por Joab ¿quién era el que reprochaba o desafiaba al poder del rey?

Aunque David no era responsable ante nadie en su reino, falló en no darse cuenta de que este "crimen perfecto" era conocido por Dios. En una nación pagana, una acción criminal de adulterio y muerte pudo haber pasado ignorada; pero aquello no podía ocurrir en Israel, donde un rey sostenía su posición de realeza mediante una fe sagrada. Cuando Natán describe el crimen de David en la dramática historia del hombre rico que toma ventaja de su pobre sirviente, David se enfureció protestando de que semejante hecho pudiera ocurrir en su reino. Natán claramente declaró que David era el hombre culpable de asesinato y adulterio. Afortunadamente para Natán, el rey se arrepintió. Las crisis espirituales de David encuentran su expresión en la poesía (Salmos 32 y 51). Se le concedió perdón, pero las consecuencias fueron ciertamente graves en lo doméstico (II Sam. 12:11).

La inmoralidad y el crimen dentro de la familia, prorrito envolvieron a David en una lucha civil y una rebelión. La falta de disciplina de David y su autolimitación fueron un pobre ejemplo para sus hijos. La conducta inmoral de Amnón con su hermanastra, resultó en su asesinato por Absalón, otro hijo de David. Naturalmente, Absalón incurrió en el desfavor de su padre. Como consecuencia, halló su única salida en salir de Jerusalén, refugiándose con Talmai, su abuelo, en Gesur. Allí permaneció durante tres años.

Entre tanto, estaba buscando una reconciliación entre David y Absalón. Empleando una mujer de Tecoa (II Sam. 14), Joab obtuvo la autorización del rey para que Absalón volviese a Jerusalén, con el bien entendido de que no podría aparecer más por la corte real. Después de dos años, Absalón, finalmente, recibió permiso para ir a la presencia de su padre. Habiendo vuelto a ganar el favor del rey, se aseguró para sí una guardia real de cincuenta hombres con caballos y carros de combate. Durante cuatro años, el hermoso Absalón fue activo con exceso en las relaciones públicas a las puertas de Jerusalén, venciendo y ganando el favor y la aprobación de los israelitas. Pretendiendo dar cumplimiento a un voto, se aseguró el obtener permiso del rey para marcharse a Hebrón.

La rebelión que Absalón estableció en Hebrón, fue una completa sorpresa para David. Espías fueron enviados por toda la tierra de Israel para proclamar que Absalón sería rey al son de las trompetas. Muy verosímelmente, muchas de las gentes que habían sido impresionadas por Absalón, llegaron a la conclusión de que, como hijo de David, iba a hacerse dueño del reino. A cualquier precio, eran muchos los que apoyaban a Absalón, incluido Ahitofel, consejero del rey David. Las fuerzas rebeldes, conducidas por Absalón, marcharon sobre Jerusalén y David, que no estaba preparado para resistir, huyó a Mahanaim, más allá del Jordán. Husai, un amigo devoto y consejero, siguió el consejo

de David y permaneció en Jerusalén para contrarrestar el consejo de Ahitofel. Este último, que pudo haber planeado la totalidad de la rebelión y ofrecido su apoyo a Absalón desde el principio, aconsejó que le permitiese perseguir a David inmediatamente, antes de que se pudiera organizar una oposición. Pero Absalón solicitó consejo de Husai, quien le persuadió de posponer semejante persecución, ganando así un tiempo precioso que necesitaba David para organizar sus fuerzas. Habiéndose convertido en un traidor, y comprobando que David sería restablecido en el trono, Ahitofel se ahorcó.

David fue un brillante militar. Preparó sus fuerzas para la batalla y pronto puso en fuga los ejércitos de Absalón. Joab, contrariamente a las órdenes de David, mató a Absalón mientras perseguía al enemigo. David, habiendo perdido el sentido de la prioridad, llevó a cabo el luto por su hijo en lugar de celebrar la victoria. Este turno en los acontecimientos dieron por resultado que Joab se encarase con el rey por descuidar el bienestar de los israelitas quienes le habían prestado su más leal apoyo.

Con Absalón fuera de combate, el pueblo volvió de nuevo hacia David acatando su jefatura. La tribu de Judá, que había apoyado la rebelión del hijo rebelde de David, fue el último grupo en volver hacia él tras haber hecho una rápida concesión de sustituir Amasa por Joab.

Cuando David volvió a la capital, otra rebelión surgió como consecuencia de la confusión reinante. Seba, un benjaminita, tomando como base de que Judá había traído de nuevo a David a Jerusalén, fustigó la oposición contra él. Amasa fue comisionado para suprimir la rebelión. En subsiguientes acontecimientos, Joab mató a Amasa y después condujo la persecución de Seba, quien, fue decapitado en la frontera asiría por el pueblo de Abel-bet-maaca. Joab hizo sonar la trompeta, retornó a Jerusalén y continuó sirviendo como comandante del ejército bajo David.

A través de casi una década del reinado de David, las solemnes palabras pronunciadas por Natán fueron realmente cumplidas. Comenzando con la inmoralidad de Amnón y continuando con la supresión de la rebelión de Seba, el mal había fermentado en la propia casa de David.

Pasado y futuro

Un Proyecto favorito de David, durante los últimos años de su vida, fue el hacer los preparativos para la construcción del Templo. Planes muy elaborados y arreglos dispuestos en sus más mínimos detalles, fueron cuidadosamente llevados a cabo en la adquisición de los materiales de construcción. El reino estaba bien organizado para el eficiente uso del trabajo local y extranjero. David incluso perfiló los detalles para el culto religioso en la estructura propuesta.

La organización militar y civil del reino se desarrolló gradualmente, durante todo el reinado de David, conforme el imperio se expandía. La pauta básica de organización utilizada por David pudo haber sido similar a la practicada por los egipcios. El registrador o cronista estaba al cuidado de los archivos, y como tal, tenía la muy importante posición de ser el hombre de relaciones públicas entre el rey y sus oficiales. El escriba o secretario, era el responsable de la correspondencia propia o extraña, teniendo grandes conocimientos en cuestiones diplomáticas. En un período avanzado del reinado de David (II Sam. 20:23-25), un, oficial adicional estaba a cargo de los trabajos forzados. Muy verosímilmente, otros oficiales de alta categoría estaban agregados al gobierno, conforme se multiplicaban las responsabilidades. Las cuestiones de la judicatura parecen ser que eran manejadas por el propio rey (II Sam. 14:4-17; 15:1-6).

El comandante en jefe de las fuerzas militares era Joab. Hombre sobresaliente en capacidad y condiciones de caudillaje, no solamente era responsable de las victorias militares, sino que ejercía considerable influencia sobre el propio David. Una unidad de tropas extranjeras o mercenarias, compuesta por cereteos y péleteos bajo el mando de Benaia, pudo haber sido el ejército de David. El rey también tenía un consejero privado. Ahitofel había servido en este puesto hasta que apoyó a Absalón con motivo de la rebelión de este último. Los hombres poderosos que se habían agregado a

David antes de que se convirtiese en rey, estaban entonces conceptuados como formando un Consejo o Legión de honor (I Crón. 11:10-47; II Sam. 23:8-39). Cuando David organizó su reino con Jerusalén como capital se hallaban treinta hombres en este grupo. Con el tiempo, se fue agrandando la cantidad y el rango de los hombres que se distinguieron por hechos heroicos. De este selecto grupo de héroes, fueron elegidos doce hombres para estar a cargo del ejército nacional, consistente en doce unidades (I Crón. 27:1-24). Por todo el reino, David nombró supervisores de las granjas, los cultivos y los ganados (I Crón. 27:25-31).

El censo militar de Israel y las punitivas consecuencias para el rey y su pueblo están detalladamente relatadas en los elaborados planes de David para la construcción del Templo. La razón para el divino castigo sobre David, al igual que para la totalidad de la nación, no se establece explícitamente. El rey ordenó que se hiciera el censo. Joab protestó pero fue ignorado al respecto (II Sam. 24). En menos de diez meses, completó el censo de Israel con la excepción de las tribus de Levi y Benjamín. La fuerza militar de Israel era de aproximadamente de un millón y medio lo que sugiere una población total de cinco o seis millones de personas.

David se hallaba firmemente consciente del hecho de que había pecado al hacer su censo. Puesto que ambos relatos preceden a este incidente con una lista de héroes militares, el censo pudo haber sido motivado por orgullo y una seguridad y confianza sobre la fuerza militar de Israel en sus logros nacionales. Al mismo tiempo, el estado de la mente de David al imponer este censo, fue considerado como un juicio sobre Israel (II Sam. 24:1; y I Crón. 21:1). Tal vez Israel fuese castigado por las rebeliones bajo Absalón y Seba durante el reinado de David.

David, arrepentido de su pecado, fue informado mediante Gad, el profeta, que podía elegir uno de los siguientes castigos: el hambre por tres años, un período de tres meses de reveses militares o una peste de tres días. David se resignó a sí mismo y a su nación a la misericordia de Dios, eligiendo lo último. La peste duró un día, pero murieron 70.000 personas en todo Israel. Mientras tanto, David y los ancianos, vestidos con ropas de saco, reconocieron al ángel del Señor en el lugar de la era, al norte de Jerusalén sobre el monte Moríah. Reconociendo que era el ángel destructor, David ofreció una plegaria intercesoria por su pueblo. Mediante instrucciones dadas por Gad, David compró a Omán, el jebuseo, la era. Mientras ofrecía el sacrificio ante Dios, David era consciente de la divina respuesta, cuando cesó la peste, terminando así el juicio sobre su pueblo. El ángel destructor desapareció y Jerusalén fue salvada.

David quedó tan impresionado, que determinó hacer de la era el lugar para el altar de los holocaustos. Allí tenía que ser erigido el templo. Pudo muy bien haber sido el mismo lugar donde Abraham, casi un milenio antes, se prestó a sacrificar a su hijo Isaac, e igualmente tuvo la revelación y la aprobación divinas.

Aunque el monte de Moríah estaba al exterior de la ciudad de Sión (Jerusalén) en tiempo de David, Salomón lo incluyó en la ciudad capital del reino. David había traído previamente el arca a Jerusalén, alojándola dentro de una tienda. El altar del holocausto y el tabernáculo construido bajo la supervisión de Moisés fueron puestos en Gabaón, en un lugar alto a ocho kms. al noroeste de Jerusalén. Puesto que a David le fue denegado el privilegio de construir realmente el templo, es muy verosímil que no se hubieran desarrollado planes previamente, como la colocación del santuario central. Mediante la teofanía de la era, David llegó a la conclusión de que aquel era el lugar donde tendría que ser construida la casa de Dios.

David reflexionó sobre el hecho de que había sido un hombre sangriento y guerrero. Puede que entonces comprobase que de haber intentado construir el templo, todo se habría quedado parado por una guerra civil, que con tanta frecuencia se encendía en su reinado. Los siete años y medio en Hebrón había sido un período de preparación. Durante la próxima década, Jerusalén quedó establecida como la

capital nacional, mientras que la nación estaba siendo unificada en la conquista de las naciones circundantes. Es muy posible que Salomón naciese durante aquella época. Tuvo que haber sido hacia el fin de la segunda década del reinado de David, cuando Absalón asesinó a Amnón, puesto que Absalón nació mientras que David se encontraba en Hebrón. Las dificultades domésticas, que acabaron con la rebelión de Absalón, duraron casi diez años y probablemente coincidieron con la tercera década del reino de David. Cuando David hubo establecido con éxito la supremacía militar de Israel y organizado la nación, parece que había llegado la hora de concentrarse en los preparativos para la construcción del templo.

Con el monte Moriah como lugar de erección, David imaginó la casa del Señor construida bajo Salomón, su hijo. Hizo un censo de los extranjeros en el país e inmediatamente les organizó para trabajar la piedra, el metal y la madera. Anteriormente, y en su reinado, David ya había tratado con el pueblo de Tiro y Sidón para construir su palacio en Jerusalén (II Sam. 5:11). Los cedros para el proyecto del edificio fueron suministrados por Hiram, rey de Tiro. Salomón recibió el encargo de acatar la responsabilidad de obedecer la ley como había sido promulgada a través de Moisés. Como rey de Israel, contaba con Dios y si era obediente, gozaría de sus bendiciones.

En una asamblea pública, David encargó a los príncipes y a los sacerdotes de reconocer a Salomón, como su sucesor. Entonces, procedió a bosquejar cuidadosamente los servicios del templo. Los 38.000 levitas fueron organizados en unidades y asignados al ministerio regular del templo. Pequeñas unidades recibieron la responsabilidad de guardadores de las puertas y los músicos todo lo concerniente a la música vocal e instrumental. Otros levitas fueron asignados como tesoreros para cuidar los lujosos regalos dedicados por los príncipes israelitas, procedentes de toda la nación (I Crón. 26:20 ss). Aquellas donaciones eran esenciales para la ejecución de los planes cuidadosamente hechos para el templo (I Crón. 28:11-29:9). La realización se colocaba así bajo el glorioso reinado de Salomón.

Las últimas palabras de David (II Sam 23:1-7) revelan la grandeza del héroe más honrado de Israel. Otro canto (II Sam. 22), expresando su acción de gracias y alabanza por toda una vida repleta de grandes victorias y liberaciones, pudo haber sido compuesto en el último año de su vida e íntimamente asociado con este poema. Aquí, él habla proféticamente respecto de la eterna duración de su reino. Dios le había hablado, afirmando una alianza eterna. Este testimonio por David habría constituido un apropiado epitafio para su tumba.

La era dorada de Salomón

La paz y la prosperidad caracterizaron el reino de Salomón. David había establecido el reinado; ahora Salomón iba a recoger los beneficios de los trabajos de su padre.

El relato de esta era está brevemente dado en I Reyes 1:1-11:43 y II Crón. 1:1-9:31. El punto focal en ambos libros es la construcción y dedicación del templo, que recibe mucha más consideración que cualquier otro aspecto del reinado de Salomón. Otros proyectos, el comercio y los negocios, el progreso industrial y la sabia administración del reinado, están sólo brevemente mencionados. Muchas de esas actividades, escasamente mencionadas en los registros de la Biblia, han sido iluminados a través de excavaciones arqueológicas durante las pasadas tres décadas. Excepto por lo que respecta a la construcción del templo, que se asigna a la primera década del reinado, y la construcción de su palacio, que fue completado trece años más tarde, hay poca información que pudiera utilizarse como base para un análisis cronológico del reinado de Salomón.

Establecimiento del trono

El acceso de Salomón al trono de su padre, no fue sin oposición. Puesto que Salomón no había sido públicamente coronado, Adonías concibió ambiciones para suceder a David. En cierto sentido, estaba justificado. Amnón y Absalón habían sido muertos. Quileab, el tercer hijo mayor de David,

aparentemente había muerto también, ya que no es mencionado, y Adonías se hallaba el próximo en la línea sucesoria. Por otra parte, la debilidad inherente a David en sus problemas domésticos, era evidente en la falta de disciplina de su familia (I Reyes 1:6). Evidentemente, Adonías no había sido enseñado a respetar el hecho divinamente revelado de que Salomón tenía que ser el heredero del trono de David (II Sam. 7:12; I Reyes 1:17). Siguiendo la pauta de Absalón, su hermano, Adonías se apropió de una escolta de cincuenta hombres con, caballos y carros de guerra, y pidió el apoyo de Joab invitando a Abiaíar, el sacerdote de Jerusalén, para proceder a ser ungido como rey. Este suceso tuvo lugar en los jardines reales de En-rogel, al sur de Jerusalén. Conspicuamente ausentes en aquella reunión de los oficiales gobernantes y la familia real, estaban Natán el profeta, Benaía el comandante del ejército de David, Sadoc el sacerdote oficiante en Gabaa y Salomón con su madre, Betsabé.

Cuando las noticias de aquella reunión de fiesta llegaron a palacio, Natán y Betsabé inmediatamente apelaron a David. Como resultado, Salomón cabalgó sobre la muía del rey David hasta Gihón, escoltado por Benaía y el ejército real. Allí, en la falda oriental de Monte Ofel, Sadoc ungió a Salomón y así públicamente le declaró rey de Israel. El pueblo de Jerusalén se unió en la pública aclamación de: "¡Viva el rey Salomón!". Cuando el ruido de la coronación resonó por el valle de Cedrón, Adonías y sus adictos quedaron grandemente confundidos y consternados. La celebración cesó inmediatamente, el pueblo se dispersó y Adonías buscó seguridad en los cuernos del altar en el tabernáculo de Jerusalén. Sólo después de que Salomón le diera palabra de respetar su vida, sujeta a buena conducta, dejó Adonías el sagrado refugio.

En una reunión subsiguiente, Salomón fue oficialmente coronado y rey conocido (I Crón. 28:1 ss.). Con los oficiales y hombres de estado de la totalidad de la nación presente, David hizo entrega de su poder confiando sus responsabilidades a Salomón y explicó al pueblo la realidad de lo dicho, ya que era Salomón el rey elegido por Dios.

En una charla privada con Salomón (Reyes 2:1-12), David recordó a su hijo su responsabilidad de obedecer la ley de Moisés. En sus últimas palabras en el lecho de muerte, hizo saber a Salomón el hecho de que sangre inocente había sido derramada por Joab en la muerte de Abne y Amasa, del tratamiento irrespetuoso de Simei cuando tuvo que huir de Jerusalén, y de la hospitalidad que le fue concedida por Barzilai, galaadita, en los días de la rebelión de Absalón.

Tras la muerte de David, Salomón reforzó su derecho al trono eliminando a cualquier posible conspirador. La petición de Adonías de esposar Abisag, la doncella sunamita, fue interpretada por Salomón como una traición. Adonías fue ejecutado. Abiatar fue suprimido de su lugar de honor que había mantenido bajo el reinado de David y fue desterrado a Anatot. Puesto que era del linaje de Eli (I Sam. 14:3-4) la deposición de Abiatar marcó el cumplimiento de las solemnes palabras dichas por Eli por un profeta innominado que llegó a Silo (I Sam. 2:27-37). Aunque Joab había sido culpable de conducta traicionera en su apoyo a Adonías, fue ejecutado principalmente por los crímenes durante el reino de David. Simei, que estaba en libertad bajo palabra, fracasó por las restricciones que se le impusieron y de igual forma sufrió la pena de muerte.

Salomón asumió el caudillaje de Israel a una temprana edad. Ciertamente tenía menos de treinta años, quizás sólo veinte. Sintiendo la necesidad de la sabiduría divina, reunió a los israelitas en Gabaón, donde estaban situados el tabernáculo y el altar de bronce e hizo un gran sacrificio. Mediante un sueño, recibió la divina seguridad de que su petición para la sabiduría le sería concedida. Además de una mente privilegiada, Dios también le dotó de riquezas, honores y una larga vida, condicionado todo ello a su obediencia (I Reyes 3:14).

La sagacidad de Salomón se convirtió en una fuente de hechos maravillosos. La decisión dada por el rey cuando dos mujeres contendieron por la maternidad de un niño (I Reyes 3:16-28), indudablemente representa una muestra de los casos en que demostró su extraordinaria sabiduría.

Cuando esta y otras noticias circularon por toda la nación, los israelitas reconocieron que la plegaria del rey en súplica por sabiduría, había sido escuchada y concedida.

Organización del reino

Comparativamente, es muy poca la información que se da respecto a la organización del vasto imperio de Salomón. Aparentemente, fue sencilla en sus principios; pero indudablemente se hizo más compleja con el paso de los años de responsabilidad siempre creciente. El propio rey constituía por sí mismo, el tribunal supremo de apelación, como está ejemplificado en la famosa contienda de las dos mujeres. En I Reyes 4:1-6, los nombramientos están establecidos por los siguientes cargos: tres sacerdotes, dos escribas o secretarios, un canciller, un supervisor de oficiales, un cortesano de la casta sacerdotal, un supervisor de palacio, un oficial al cargo de los trabajos forzados y un comandante del ejército. Esto no representa sino una ligera expansión de los cargos instituidos por David.

Para la cuestión tributaria, la nación fue dividida en doce distritos (I Reyes 4:7-19). El oficial a cargo de cada distrito tenía que suministrar provisiones para el gobierno central, un mes de cada año. Durante los otros once meses, tendría que recolectar y depositar las provisiones en los almacenes situados en cada distrito al efecto. El suministro de un día para el rey y su corte, el ejército y demás personal, consistía en unos 11.100 litros de harina, casi 22.200 de viandas, 10 bueyes gordos, 20 bueyes de pasto y 100 ovejas, además de otros animales y aves (I Reyes 4:22-23). Aquello requería una extensa organización dentro de cada distrito.

Salomón mantuvo un gran ejército (I Reyes 4:24-28). Además de la organización del ejército establecido según David, Salomón también utilizó una fuerza de combate de 1.400 carros de batalla y 12.000 jinetes a quienes instaló en Jerusalén y en otras ciudades por toda la nación (1 Crón. 1:14-17). Aquello añadía a la carga de los tributos, un suministro regular de cebada y heno. Una organización eficiente y una sabia administración eran esenciales para mantener un estado de prosperidad y progreso.

Construcción del templo

Lo más importante en el vasto y extenso programa de construcciones del rey Salomón, fue el templo. Mientras que otros edificios apenas si son mencionados, aproximadamente el 50% del relato bíblico del reinado de Salomón, se dedica a la construcción y dedicación de este centro focal en la religión de Israel. Ello marcó el cumplimiento del sincero deseo de David expresado en los principios de su reinado en Jerusalén, el establecer un lugar central para el culto divino.

Los arreglos del tratado que David había hecho con Hiram, el rey de Tiro, fueron continuados por Salomón. Como "rey de los sidonios", Hiram gobernó sobre Tiro y Sidón, que constituían una unidad política procedente de los siglos XII al VII a de C. Hiram era un rico y poderoso gobernante con extensos contactos comerciales por todo el Mediterráneo. Ya que Israel tenía un potente ejército y los fenicios una gran flota, resultaba de mutuo beneficio el mantener relaciones amistosas. Como los fenicios se hallaban muy avanzados en construcciones arquitectónicas y en el manejo de costosos materiales de construcción, que controlaban con su comercio, fue particularmente un acto de sabiduría política el atraerse el favor de Hiram. Arquitectos y técnicos de Fenicia fueron enviados a Jerusalén. El jefe de todos ellos era Hiram (Hiram-abi) cuyo padre procedía de Tiro y cuya madre era una israelita de la tribu de Dan (II Crón. 2:14). Para ayudar a los hábiles trabajadores y abonar la madera del Líbano, Salomón efectuó los pagos en grano, aceite y vino.

La labor para la construcción del templo fue cuidadosamente organizada. Treinta mil israelitas fueron reclutados para preparar los cedros del Líbano, con destino al templo. Bajo Adoniram, que estaba a cargo de aquella leva, sólo 10.000 hombres trabajaban cada mes, volviendo a sus hogares durante dos meses. De los extranjeros residentes en Israel, se utilizaron un total de 150.000 hombres

como portadores de carga (70.000) y cortadores de piedra (80.000), además de 3.600 capataces (II Crón. 2:17-18). En el segundo libro de Crónicas 8:10, un grupo de 250 gobernadores son mencionados como siendo israelitas. Sobre la base de I Reyes 5:16 y 9:23, hubo 3.300 encargados de los cuales 550 eran oficiales jefes. Aparentemente 250 de estos últimos, eran israelitas. Ambos relatos tienen un total de 3.850 hombres para supervisar la ingente labor de 150.000 trabajadores.

No quedan restos del templo salomónico conocidos por las modernas excavaciones. Además, y abundando en el problema, ni un simple templo ha sido descubierto en, Palestina que date de las cuatro centurias durante las cuales la dinastía davídica gobernó en Jerusalén (1000-600 a. de C.). La cima del monte Moriah, situada al norte de Jerusalén y ocupada por David fue nivelada suficientemente para el templo de Salomón. Es difícil captar el tamaño de semejante área en aquel tiempo, puesto que el edificio fue destruido en el año 586 a. C, por el rey de Babilonia. Tras haber sido reconstruido en el 520 a. C, el templo fue de nuevo demolido en el año 70 de nuestra era. Desde el siglo VII de la era cristiana, la mezquita mahometana, la Cúpula de la Roca, ha permanecido en ese lugar, que está considerado como el sitio más sagrado de la historia del mundo. Hoy, la zona del templo cubre unos 35 o 40 acres, indicando que la cima del monte Moriah es considerablemente más grande ahora que en los días de Salomón.

El templo era dos veces mayor que el tabernáculo de Moisés en su área básica de emplazamiento. Como estructura permanente era mucho más elaborado y espacioso con apropiadas adiciones y una corte de entorno mucho más grande. El templo daba cara al este, con un porche o entrada de casi cinco mts. de profundidad que se extendía a través de su parte frontal. Una doble puerta de cinco mts. de anchura laminada de oro y decorada con flores, palmeras y querubines daba acceso al santo lugar. Esta habitación de nueve mts. de anchura y catorce de alto, extendiéndose dieciocho mts. en longitud, tenía el suelo de madera de ciprés y apandada en cedro por encima y alrededor. Chapeada de oro fino con figuras labradas de querubines adornaban los muros. La iluminación natural, estaba realizada mediante ventanas en cada lado de la parte más alta. A lo largo de cada lado, en esta habitación había cinco mesas de oro para los panes de la proposición y cinco candeleros de siete brazos, todo ello hecho de oro puro. Al fondo estaba el altar del incienso hecho de madera de cedro y chapeada de oro. Más allá del altar, existían dos puertas plegables que daban acceso al lugar santísimo, o el lugar más sagrado. Esta habitación también tenía nueve mts., de anchura, pero sólo nueve mts. de profundidad y otros nueve de altura. Incluso con aquellas puertas abiertas un velo de azul, púrpura y carmesí de lino fino, obscurecía la vista del objeto más sagrado. A cada lado se elevaba un enorme querubín con las alas abiertas de 4,5 mts. de forma tal que las cuatro alas se extendiesen por la totalidad de la habitación.

Tres ringleras de cámaras se hallaban adheridas a las paredes del exterior del templo, en los lados norte y sur, lo mismo que al final de la parte oeste. Esas cámaras, indudablemente debieron ser para almacenar objetos y para uso de los oficiales. A cada lado de la entrada del templo, surgía una enorme columna, uno llamado Boaz y el otro Jaquín. De acuerdo con I Reyes 7:15 ss., tenían casi ocho mts. de altura, cinco metros y medio de circunferencia y estaban hechas de bronce y adornadas con granadas. Por encima terminaban con un capital hecho de bronce fundido de poco más de dos mts. de altura.

Extendiéndose hacia la parte oriental, en frente del templo habían dos atrios abiertos (II Crón. 4:9). La primera área, el atrio de los sacerdotes, tenía 46 mts. de anchura y 9 mts. de longitud. Allí se levantaba el atrio de los sacrificios de cara al templo. Hecho de bronce con una base de 9 mts. cuadrados y 5 mts. de altura, aquel altar era aproximadamente cuatro veces más grande que el utilizado por Moisés en sus tiempos. El mar de bronce fundido, levantado al sudeste de la entrada, era igualmente impresionante en aquel atrio. De forma de copa, tenía unos dos metros de altura, cinco metros de diámetro con un, perímetro de catorce metros. Estaba hecho de bronce fundido de 7,6 cms.

da espesor y descansaba sobre 12 bueyes, tres de los cuales mirando en cada dirección. Una estimación razonable del peso de aquella gigantesca fuente es de aproximadamente 25 toneladas. De acuerdo con I Reyes 7:46, este mar de bronce, los altos pilares y los costosos recipientes y vasijas fueron hechos para el templo y fundidos en tierra arcillosa del valle del Jordán.

Además de esta enorme fuente, que proveía de agua para los sacerdotes y levitas en su servicio del templo, había diez fuentes más pequeñas de bronce, cinco a cada lado del templo (I Reyes 7:38; II Crón. 4:6). Estos eran de casi dos metros de alto y se apoyaban sobre ruedas con objeto de poder transportar donde en el curso del sacrificio, se necesitaban para el lavado de varias partes del animal sacrificado.

También en el atrio de los sacerdotes, se hallaba la plataforma de bronce (II Crón. 6:13), el lugar donde el rey Salomón permanecía durante las ceremonias de dedicación.

Hacia el este, unos escalones conducían hacia abajo, desde el atrio de los sacerdotes al exterior o gran atrio (II Crón. 4:9). Por analogía con las medidas del tabernáculo de Moisés, esta zona tenía 91 mts. de ancho y 182 de largo. Este gran atrio estaba rodeado por una sólida muralla de piedra con cuatro puertas macizas, chapadas en bronce, para regular la entrada al lugar del templo (I Crón. 26:13-16). De acuerdo con Ezequiel 11:1, la puerta oriental servía como la entrada principal. Grandes columnadas y cámaras en esta parte proveían de espacio de almacenamiento para los sacerdotes y los levitas, para que pudieran realizar sus respectivos deberes y servicios.

La cuestión de la influencia contemporánea en el templo y su construcción, ha sido reconsiderada en recientes décadas. Los relatos bíblicos han sido cuidadosamente examinados a la luz de los restos arqueológicos con relación a templos y religiones en las civilizaciones contemporáneas, en Egipto, Mesopotamia y Fenicia. Aunque Edersheim escribió (1880) que el plan y diseño del templo de Salomón era estrictamente judío, es de general consenso de los arqueólogos de hoy de que el arte y la arquitectura eran básicamente fenicios. Está claramente indicado en la Escritura que David empleó arquitectos y técnicos de Hiram, rey de Tiro. Mientras que Israel suministraba el trabajo, los fenicios suplían el papel de los artesanos y supervisores de la construcción real. Desde la excavación del sirio Tell Tainat (antigua Hattina) en 1936 por la Universidad de Chicago, se ha hecho aparente que el tipo de arte y arquitectura del templo de Jerusalén era común en Fenicia en el siglo X a. C. Por tanto, parece razonable conceder el crédito a los artesanos fenicios y a sus arquitectos por los planos finales del templo, ya que David y Salomón los empleaban para este servicio particular. Con la limitada información disponible, sería difícil marcar una clara línea de distinción entre los planos presentados por los reyes de Israel y la contribución hecha por los fenicios en la construcción del templo.

Dedicación del templo

Puesto que el templo fue completado en el octavo mes del año duodécimo (I Reyes 6:37-38), es completamente verosímil que las ceremonias de la dedicación fueran llevadas a cabo en el séptimo mes del año duodécimo y no un mes antes de que fuese terminado. Esto habría permitido tiempo para el elaborado planeamiento de este gran acontecimiento histórico (I Reyes 8:1-9; II Crón. 5:2-7:22). Para esta ocasión, todo Israel estaba representado por los ancianos y los jefes.

La fiesta de los tabernáculos, que no solamente recordaba a los israelitas que una vez fueron peregrinos en el desierto, sino que también era una ocasión para dar gracias tras el tiempo de la cosecha, que comenzaba en el día 15.º del mes séptimo. Edersheim concluye que las ceremonias de la dedicación tuvieron lugar durante la semana precedente a la fiesta de los tabernáculos. La totalidad de la celebración duró dos semanas (II Crón. 7:4-10), y valía para todo Israel, que acudió por medio de sus representantes desde Hamat hasta la frontera de Egipto. Keil, en su comentario sobre I Reyes 8:63, sugiere que hubo 100.000 padres y 20.000 ancianos presentes. Esto explica el por qué millares de animales fueron llevados hasta allí por esta ocasión que no tenía precedentes.

Salomón era la persona clave en las ceremonias de las dedicaciones. Su posición como rey de Israel era única. Bajo el pacto, todos los israelitas eran servidores de Dios (Lev. 25:42, 55; Jer. 30:10 y otros pasajes) y considerados como reino de sacerdotes con, relación a Dios (Ex. 19:6). Mediante los servicios dedicatorios, Salomón toma el lugar de un siervo de Dios, representando a la nación elegida por Dios para ser su pueblo. Esta relación con Dios era común al profeta, al sacerdote, al laico, al igual que al rey, en verdadero reconocimiento de la dignidad del hombre. En esta capacidad, Salomón ofreció la oración, dio el mensaje dedicatorio, y ofició en las ofrendas de los sacrificios.

En la historia religiosa de Israel, la dedicación del templo fue el acontecimiento más significativo, desde que el pueblo abandonó el Sinaí. La repentina transformación desde la esclavitud en Egipto, a una nación independiente en el desierto, fue una demostración del poder de Dios en nombre de su nación. En aquel tiempo, el tabernáculo fue erigido para ayudarles en su reconocimiento y servicio de Dios. Ahora el templo había sido erigido bajo el poder de Salomón. Esto constituye la confirmación del establecimiento del trono davídico en Israel. Como la presencia de Dios era visible, mediante la columna de humo sobre el tabernáculo, así la gloria de Dios se cernía sobre el templo y significaba la bendición de Dios. Esto confirmaba de forma divina el establecimiento del reino que había sido anticipado por medio de Moisés (Deut. 17:14-20).

Proyectos de construcción extensiva

El palacio de Salomón (o casa del bosque del Líbano) no está sino brevemente mencionado (I Reyes 7:1-12; II Crón. 8:1). Fue completado en trece años, habiendo un período de construcción de veinte años para el templo y el palacio. Muy verosíblemente estaba situado en la falda meridional del monte Moriah entre el templo y Sión, la ciudad de David. Este palacio era complejo y elaborado, conteniendo oficinas de gobierno, habitaciones para la hija de Faraón, y la residencia privada del propio rey Salomón, y cubría un área de 46 por 23 por 14 metros. Incluido en este gran edificio y su programa de construcciones, estaba la extensión de las murallas de Sión (Jerusalén) hacia el norte, de forma que se unieran el palacio y el templo dentro de las murallas de la ciudad capital de Israel.

El poderoso ejército en armas de Salomón, también requería mucha actividad en las construcciones por todo el reino. La construcción de ciudades de almacenamiento para propósitos administrativos y de sistemas de defensa, fueron íntimamente integrados. Una impresionante lista de ciudades, que sugiere el extenso programa de construcciones de Salomón, se da en I Reyes 9:15-22, y II Crón. 8:1-11. Gezer, que había sido una plaza fuerte cananea, fue capturada por el faraón de Egipto y utilizada como fuerte por Salomón, tras haberla recibido como dote. Excavaciones hechas en el lugar de 5,8 hectáreas de Meguido, indican que Salomón había adecuado allí acomodó para alojar 450 caballos y 150 carros de batalla. Esta fortaleza guardaba la importante Meguido o el valle de Esdraelón a través del cual discurría la calzada más importante entre Egipto y Siria. Desde un punto de vista militar y comercial, este camino era vital para Israel. Igualmente fue excavado Hazor, primero por Garstang y más recientemente bajo la supervisión de Israel. Otras ciudades mencionadas en la Biblia son Bet-horón, Baalat, Tamar, Hamat-zobah y Tadmor. Además de estas, otras ciudades funcionaron, como cuarteles o capitales de distritos administrativos (I Reyes 4:7-19). Hallazgos arqueológicos en Betsemes y Laquis indican que existían edificios con grandes habitaciones en esas ciudades para ser utilizados como almacenes. Es indudable que tuvieron que haberse escrito largas descripciones respecto a los programas de construcciones llevadas a cabo por el rey Salomón, pero los relatos bíblicos sólo sugieren su existencia.

Comercio, negocios y rentas públicas

Ezión-geber y Elot se hallan brevemente anotadas en I Reyes 9:26-28 y II Crón. 8:17-18 como puertos marítimos en el golfo de Acaba. Tell-el-Kheleifeh al extremo norte de este golfo es el único lugar conocido que muestra la historia ocupacional de Elat, Ezión-geber. Tell-el-Kheleifeh, como un

centro marítimo industrial, fortificado, de almacenamiento y caravanero para tales ciudades, pudo haber tenido igual importancia con otros distritos fortificados y ciudades con guarniciones de carros de batalla, tales como Hazor, Meguido y Gezer.

Las minas de cobre y hierro eran numerosas por todo el Wadi-Arabah. David ya había establecido fortificaciones por toda la tierra de Edom, cuando instauró su reinado (II Sam. 8:14). Numerosos centros de fundición en el Wadi-Arabah pudieron haber suministrado a Tell-el-Kheleifeh con hierro y cobre o para procesos de refinamiento y la producción de moldes con propósitos comerciales. En el valle del Jordán (I Reyes 7:45-46), y en Wadi-Arabah, Salomón tuvo que haber realizado la comprobación de la verdad de las declaraciones hechas en Deut. 8:9, de que la tierra prometida tenía recursos naturales en cobre.

Al desarrollar y controlar la industria de los metales en Palestina, Salomón estuvo en una posición de comerciar. Los fenicios, bajo Hiram, tenían contactos con refineries de metal en distantes puntos del Mediterráneo, tales como España, y así estaban en situación de construir, no sólo refineries para Salomón, sino también para aumentar el comercio. Los barcos de Israel traficaron con el hierro y el cobre tan lejos como el sudoeste de Arabia (el moderno Yemen) y la costa africana de Etiopía. A cambio, ellos llevaron oro, plata, marfil, y asnos a Israel. Aquella extensión naval con sus expediciones llevando oro desde Ofir, duró "tres años" (II Crón. 9:21), o un año completo y parte de dos años más. Proporcionó a Salomón tales riquezas, que fue clasificado como el más rico de todos los reyes (II Crón. 9:20-22; I Reyes 10:11-22).

Los israelitas obtuvieron caballos y carros de combate de los gobernantes heteos en Cilicia y su vecino Egipto. Los corredores y agentes representantes de los caballos y carros guerreros entre Asia Menor e Israel, fueron los árameos (I Reyes 10:25-29; II Crón. 1:14-17). Aunque David lisiaba o dejaba inútiles todos los caballos que capturaba con la excepción de un centenar (II Sam. 8:4) es obvio que Salomón acumuló una fuerza considerable. Aquello resultaba importante para la protección, al igual que como control de todo el comercio que cruzaba el territorio de Israel. Las rentas y tributos de Salomón fueron incrementadas por las vastas caravanas de camellos empleadas en el comercio de las especias procedente del sur de Arabia y hacia Siria y Palestina, al igual que con Egipto.

El rey Salomón ganó tal respeto internacional y reconocimiento, que sus riquezas fueron grandemente incrementadas por los regalos que recibía de lugares próximos y lejanos. En respuesta a su petición inicial, había sido divinamente dotado con la sabiduría de tal forma que las gentes de otras tierras iban a oír sus proverbios, sus cantos, y sus discursos sobre varios aspectos (I Reyes 4:29-34). Si el relato de la visita de la reina de Sabá no es sino una muestra de lo que ocurría frecuentemente durante el reinado de Salomón, puede apreciarse del por qué el oro no cesaba de llegar a la capital de Israel. El hecho de que la reina atravesara diversos territorios y viajase 1.931 kms., en camello pudo también haber estado motivado por intereses comerciales. Las expediciones navales desde Ezión-geber pudo haber estimulado las negociaciones para acuerdos favorables de intercambio comercial. Su misión, tuvo éxito (I Reyes 10:13). Aunque Salomón, además de garantizar las peticiones de la reina, le devolvió todo lo que le había llevado, resulta dudoso de que hiciese lo mismo con todos los reyes y gobernantes de Arabia, quienes le enviaban presentes (II Crón. 9:12-14). Aunque resulta difícil valorar el importe de las riquezas que se describen, no hay duda de que Salomón representó el epítome en riqueza y sabiduría de todos los reyes que gobernaron en Jerusalén.

Apostasía y sus consecuencias

El capítulo final del reino de Salomón es trágico (I Reyes 11). El por qué el rey de Israel, que alcanzó el cénit de los éxitos en sabiduría, riqueza, fama y prestigio internacional bajo la bendición divina, terminase sus 40 años de reinado bajo augurios de fracaso, es de lo más sorprendente. A tenor de esta consideración, algunos han considerado el relato como no fiable y contradictorio y han buscado

otras explicaciones. La verdad de la cuestión es que Salomón, que jugó el papel más destacado en la dedicación del templo, se apartase de la devoción que con todo corazón había dedicado a Dios; una experiencia paralela a la de Israel en el desierto tras la construcción del tabernáculo. Salomón rompió el mismísimo primer mandamiento por su política de permitir la adoración de los ídolos y su culto en la propia Jerusalén.

La mezcla de alianzas matrimoniales entre las familias reales, era una práctica común en el Cercano Oriente. A principios de su reinado, Salomón hizo una alianza con Faraón, aceptando a una hija de este último en matrimonio. Aunque se la llevó a Jerusalén, no existe indicación de que se le permitiese a ella el llevar consigo la idolatría (I Reyes 3:1). En la cúspide de sus triunfos, Salomón tomó esposas de los moabitas, amonitas, edomitas, sidonios e heteos. Además de todo ello, se hizo con un harén de 700 esposas y 300 concubinas. Tanto si esto fue motivado por causas diplomáticas y políticas para asegurar la paz y la seguridad, o por un intento de superar a los demás soberanos de otras naciones, es algo que no está indicado. Sin embargo, era contrario a lo expresado en los mandamientos de Dios (Deut. 17:17). Salomón permitió la multiplicidad de esposas y que fuese su ruina, al apartar su corazón de Dios.

Salomón no solamente toleró la idolatría, sino que él mismo prestó reconocimiento a Astarte, la diosa de la fertilidad de los fenicios, conocida como Astarté entre los griegos y Ishtar para los babilonios. Para el culto de Milcom o Moloc, el dios de los amonitas y para Quemosh, el dios de los moabitas, Salomón erigió un lugar sobresaliente en una montaña al este de Jerusalén, que no fueron suprimidos como tales lugares de culto durante tres siglos y medio, sino que permanecieron como una abominación en las proximidades del templo, hasta los días de Josías (II Reyes 23:13). Además, construyó altares para otros dioses extraños no mencionados por su nombre (I Reyes 11:8).

La idolatría, que era una violación de las palabras de apertura del Decálogo (Ex. 20), no podía ser tolerada. La repulsa de Dios (I Reyes 11:9-13) fue probablemente entregada a Salomón mediante el profeta Ahías, que aparece más tarde en el capítulo. A causa de su desobediencia, el reinado de Israel tenía que ser dividido. La dinastía de David continuaría gobernando parte del reino en gracia a David, con quien Dios había hecho una alianza, y porque Jerusalén había sido escogida por Dios. Dios no rompería su promesa, incluso aunque Salomón hubiese perdido sus derechos y sus bendiciones. También, por amor a David, el reino no sería dividido mientras viviese Salomón, aunque surgirían adversarios y enemigos que amenazasen la paz y la seguridad, antes de la terminación del reinado.

Hadad, el edomita, fue un caudillo que se opuso a Salomón. En la conquista de Edom por Joab, Hadad, que era un miembro de la familia real, había sido rescatado por servidores y llevado a Egipto cuando era un niño. Allí se casó con una hermana de la reina de Egipto y gozó del favor y los privilegios de la corte real. Después de la muerte de Joab y David, volvió a Edom y con el tiempo se hizo lo suficientemente fuerte como para ser una amenaza para Salomón en sus últimos años (I Reyes 11:14-23). La posición de Salomón como "rey del cobre" quedó en precario, al igual que el lucrativo negocio de Arabia y el comercio sobre el Mar Rojo.

Rezón de Damasco significó tal vez una amenaza mayor (I Reyes 11: 23-25). La formación de un reino independiente arameo o sirio, constituyó una seria amenaza política que implicaba consecuencias comerciales. Aunque David había conquistado Hamat, cuando el poder de Hadad-ezer fue roto, Salomón lo encontró necesario para suprimir una rebelión allí y construir ciudades de almacenamiento (II Crón. 8:3-4). Incluso controló Tifsa sobre el Eufrates (I Reyes 4:24) que era extremadamente importante para el dominio de las rutas del comercio. En el curso del reinado de Salomón, Rezón estuvo en condiciones de establecerse por sí mismo en Damasco, donde llegó a ser el mayor de los constantes peligros para la paz y la prosperidad de Israel en los últimos años del reinado de Salomón.

Conforme cambiaban las cosas, uno de los hombres del propio Salomón, Jeroboam, hijo de Nabat, demostró ser el factor real devastador en Israel. Siendo un hombre verdaderamente capaz, había sido colocado al mando de los trabajos forzados que reparaba las murallas de Jerusalén y construyó Milo. Utilizó aquella oportunidad para su propia ventaja política y ganarse seguidores. Un día Ahías, el profeta, le encontró y rompió la capa nueva en doce pedazos, dándole diez de ellos. Mediante aquel acto simbólico, informó a Jeroboam que el reino de Salomón sería dividido, no dejando sino dos tribus a la dinastía davídica, mientras que las otras diez constituiría el nuevo reino. Bajo la condición de su obediencia de todo corazón, Jeroboam recibió la seguridad de que su reino quedaría permanentemente establecido como el de David.

Aparentemente, Jeroboam no quiso esperar los acontecimientos, lo que implicaba abiertamente su oposición al rey. Por todos conceptos, Salomón sospechó una insurrección y buscó a Jeroboam para matarle. En consecuencia, Jeroboam huyó a Egipto donde encontró asilo con Sisac hasta la muerte de Salomón.

Incluso aunque el reino se sostuvo y no fue dividido hasta después de su muerte, Salomón estuvo sujeto a la angustia de una rebelión interna y de la secesión de varias partes de su reino. Como resultado de su fallo personal en obedecer y servir a Dios de todo corazón, el bienestar general y la prosperidad pacífica del reino quedaron seriamente amenazadas y en constante peligro.